

SE PUBLICA  
LOS  
DOMINGOS.  
PRECIOS:  
EN LA  
Habana y Matanzas  
UN PESO AL MES.  
En el interior  
TRES PESOS 50 CTS.  
por trimestre, adelantados,  
FRANCO DE PORTE.  
EL NÚMERO SUELTO  
SE VENDE Á  
TRES RS. SENCILLOS.



REDACCION  
O-REILLY 34,  
á donde se dirigirán  
las reclamaciones que  
puedan ocurrir por  
virtud de los artículos  
que se publiquen.  
—  
LOS DEMÁS  
AVISOS Y RECLAMACIONES  
pueden dirigirse  
Á LA  
IMPRENTA Y LIBRERÍA  
"EL IRIS,"  
OBISPO 22.



# LA SERENATA.

PERIÓDICO SATÍRICO, ECONÓMICO Y LITERARIO.

## LA PROFESION DE FÉ

DE  
LA SERENATA.



AY una ciencia sobre las otras, tan íntimamente ligada á nuestros hechos, que bien puede decirse que, así en el orden moral como en el material, no ocurre suceso alguno, que deje de estar sujeto á su dominio. Esta ciencia es la que se conoce bajo el impropio nombre de *Economía política*.

Mal comprendida de unos, impugnada por otros, desconocida de los mas, sus límites no han sido todavía fijados con precision. De aquí, el estrecho círculo á que se halla reducida y la falta consiguiente de una definicion exacta, que desterrando la duda y confusion en que aparentemente se encuentran aun envueltos muchos de sus principios, hubiese atraído el pensamiento humano no ya á considerar la innegable importancia de su estudio, sino á fijarse en la necesidad mas que apre-

miante de conocer y aplicar sus leyes, si no queremos que nuestros esfuerzos, privados de direccion segura, vaguen al acaso como nave sin brújula en procelosos mares.

El bienestar de la sociedad y su adelantamiento, es el objeto que se propone esta ciencia; su fin, por lo tanto, no es otro que el progreso. Así, pues, la economía política en sus límites naturales y lógicamente definida, es la ciencia encargada de *fijar las leyes que deben regir nuestras necesidades y tendencias*; y bajo este punto de vista, no hay profesion ó industria, institucion ó acontecimiento, ciencia ó arte alguno, sea de la naturaleza que fuere, que en su aplicacion práctica y resultados no se halle subordinado á sus principios.

Mas no se crea por esto, que guiados de un espíritu mezquino, pertenecemos á la escuela de los que en el bienestar *material* hacen estribar todo. Bien al contrario, pensamos que para la obra social no basta solo la produccion, distribucion y consumo de las riquezas ni aun llevadas á cabo por los medios que la ciencia indica; menester es tambien, si se nos permite la frase, la produccion, distribucion

y consumo de las *riquezas morales*. El conjunto, la union íntima é inseparable de estos grandes elementos, acertadamente dirigidos, es lo que únicamente puede constituir el progreso; faltando cualquiera de ellos, la obra será, forzosamente, imperfecta, del mismo modo que faltando á una máquina cualquiera de sus principales piezas, por insignificante que en apariencia sea, la inmovilidad y el estacionamiento habrán de ser la consecuencia inmediata.

Tales son los límites que, en nuestro concepto, debe abrazar la ciencia. Colocados en este terreno, la equidad, la justicia, la moral, la religion que nos las enseña, las consecuencias mismas que de ellas se derivan, todo lo que tiende, en fin, á elevarnos, aparecen no solo concurriendo ó debiendo concurrir en grandes proporciones á lo marcha de la sociedad, sino de indispensable adquisicion. En una palabra, son otros tantos productos necesarios que es preciso elaborar en la seguridad de que hallarán en nuestros mercados un valor real y positivo que compense la obra de su produccion. Entre la elaboracion de una pieza de tela, por ejemplo, y



la de un *artículo moral* no existe en el fondo diferencia alguna; ambas llenarán un vacío, corresponderán á una necesidad; para su formacion, preciso habrá sido tambien emplear el tiempo, meditacion, estudio, y de consiguiente, trabajo; y siendo idénticos los medios é iguales los fines á que ambos se dirijen, idénticas han de ser, por fuerza, las leyes que los rijan.

Y si se quiere una demostracion mas palmaria de la exactitud de nuestra teoria, colocad frente á frente dos agricultores dotados de iguales fuerzas y elementos, aspirando ambos á iguales fines, pero desprovisto el uno de los sentimientos de humanidad, de justicia y conveniencia que en el otro abundan. Los *auxiliares* de su trabajo serán, precisamente por consecuencia de esta diferencia de sentimientos, considerados de distinto modo; allí donde el primero solo vea simples *instrumentos* de su obra, hallará el segundo seres dotados de razon capaces de contribuir en doble escala, con la aplicacion de aquellas cualidades, al objeto que se propone. Ambos producirán riquezas, es innegable; mas comparad, á la postre, los resultados. De un lado, el embrutecimiento, el menoscabo de un elemento vital, el aniquilamiento en fin, de las *fuerzas productoras*, ó lo que es igual, el retroceso: del otro, la fuerza, el poder, el bienestar sólido en todos sentidos, es decir, el progreso. He ahí la diferencia entre uno y otro sistema.

Sigamos nuestro raciocinio. Fijemos ahora la atencion en las reglas que han de regir los extremos que, en nuestra opinion, abraza la ciencia de que nos ocupamos. La ley de la *oferta y la demanda* que fija con precision los límites que deben existir entre la *produccion y consumo* de las riquezas materiales, vá tambien, á demostrarnos la igualdad que en el fondo hay entre unos y otros principios. Del mismo modo que roto el equilibrio que entre aquellas debe existir, siguense las crisis destructoras y el retroceso es inevitable; así tambien cuando la relacion entre la *oferta y la demanda* de los *productos morales* aparece alterada, los resultados son tristemente deplorables; y la razon es bien lógica por cierto.

La civilizacion viene á ser el mercado á donde concurren estos para su aprovechamiento: cada época, á medida que avanza en su camino y que el grado de su cultura aumenta, tiene sus aspiraciones y necesidades, ó lo que es igual, su especial *demandas*; si la oferta que de ellas se le hace es insuficiente ó no se haya en relacion con esas mismas necesidades y aspiraciones, ó si existe contradiccion patente entre una y otras, la armonia queda, en tal virtud, irremisiblemente interrumpida. Roto entonces el equilibrio, la consecuencia infalible, aquí como allí, tiene siempre que ser la desolacion y el desquiciamiento.

Reasumiendo, ahora, cuanto brevemente dejamos espuesto acerca del particular, diremos que, segun nuestra teoria, la *Economia política* en los límites naturales que hemos indicado, es al cuerpo social lo que la medicina al individual. Inquirir y fijar las leyes que los rijen, atacar los elementos perniciosos que puedan invadirlos y darles todo el vigor y empuje necesarios para su segura marcha, es la mision de una y otra.

Ahora bien; para llegar á ese terreno, tenemos ya un guía práctico é infalible. El *interés personal*, movil que dirige, otra instintiva, ora deliberadamente nuestras acciones, unido á la necesidad imperiosa que siente el hombre de obtener aquello que á su conservacion conduce, es la palanca poderosa que sin cesar nos impulsa hacia todo lo que en sí lleva el sello de la utilidad y la conveniencia, base de nuestros esfuerzos. Asi vemos que, á medida que los pueblos avanzan en su camino, que la civilizacion se estiende y que el progreso se hace mas visible, el *interés personal* resalta en el cuadro, como rasgo distintivo del adelanto. Qué mas? De creer en la existencia de un Ser Supremo ó no creer, el mismo movil es tambien el primer interesado. Creyendo, como la razon nos dice, hay, por fuerza, que admitir todo el corolario de sentimientos elevados que de ello se desprende; esto es, todo lo que lleva unido el sello de la *utilidad moral* que, de consecuencia en consecuencia, nos conduce á la *utilidad material* como resultado práctico mas inmediato. De no creer, prontamente sellega al extremo contrario, á la antitesis de la utilidad con todas sus consecuencias. Dedúcese de aquí, lógicamente que el *interés personal* no solo debe ser considerado como elemento indispensable de progreso, sino que es la primera grada de la escala por donde ascendemos á todo lo justo, elevado y grande. De consiguiente, admitiendo todo lo que un sano criterio nos indique como útil y rechazando sin piedad cuanto en realidad no lo sea, nos hallaremos en el camino del progreso y tanto mas rápido y firme será allí nuestro paso, cuanto menos obstaculos dejemos en el sendero.

He aquí la *profesion de fé* de la Serenata. A la clara luz de estos principios, vamos á emprender el detenido examen de cuanto nos concierne y atañe, empezando por el periodismo como reflejo exacto de la sociedad en que vivimos. Pertrechados con las punzantes armas de la sátira y la caricatura, hemos sentado plaza entre los soldados del progreso; y cuando la fatiga nos abrume y la decepcion nos acobarde, la vista de nuestra bandera volverá el vigor al espíritu y el ánimo al corazon. El glorioso lema que entre sus pliegues ondea, solo encierra esta palabra: ¡ADELANTE!!!

BELMONTE.

## DELICIAS DEL ESCRITOR.

Para esto de entender alusiones, nadie como nosotros.

FIGARO.

Crée la mayoría de las gentes, que si algun *oficio* hay honorífico y envidiable, es el de escritor público, fundando tal suposicion en la especie de prestigio que rodea á los que se distinguen como escritores y en las repetidas muestras de deferencia, y estimacion que reciben de la generalidad. Los que así piensan, fijanse solo en lo que superficialmente vislumbran, dejándose llevar del aparente brillo, y no viendo las sombras que en realidad existen donde parece no haber sino vívido resplandor.

¡Oficio honorífico y envidiable el del escritor! Oh! solo los que no ejercen este *oficio*, los profanos no mas, pudieran caer en error semejante! Déjeseme analizar el punto, y se verá fácilmente todo lo contrario de lo que imaginan muchos. Una sola consideracion basta para desdeluego para convencer de las desventajosas condiciones en que se sitúa el escritor, el verdadero escritor se entiende, el que antepone á todo su conciencia; y esta consideracion se reduce á que si todo el que ejerce una profesion tiene por enemigo al que la misma desempeña, el escritor á mas de sufrir la ley comun, á mas de contar por enemigos á sus cofrades, los cuenta innumerables entre las diversas clases de la sociedad, adonde se dirijen los tiros de sus sátiras y de donde copia sus cuadros para ridiculizar vicios y corregir abusos.

Esto solo dice bastante en contra de los que creen que es todo oro lo que reluce, y manifiesta á las claras los numerosos perjuicios que han de irrogarse al que arrostra constantemente la odiosidad y el rencoroso encono de cuantos comprende en sus críticas, sin otra mira que propender al bien público.

El primer gran escollo con que tropieza siempre el escritor, es el de las *alusiones*. Hácesele imposible evitarlas y por mucho que sea su esmero, por mas que huya de dar lugar á ellas, nunca se vé á cubierto de que se las achaquen. Sin querer hace retratos, y una vez confrontado con el original y hallado el parecido exacto, bien por el interesado ó por algun malicioso que lo imagina, ya puede disponerse el escritor á recibir invectivas y á escuchar lindezas.

El público de suyo maligno, complácese en buscar semejanzas y aplicaciones y nada le contenta tanto como hallarlas y hacerlas resaltar. Y el escritor que ha querido pintar y no retratar, se vé convertido en *fotógrafo* y por mas que proteste y por mas que clame contra suposicion tan gratuita, nada le vale, teniendo que cargar con la responsabilidad que le asignan.

Es de ver la sorpresa del inadvertido escritor, cuando muy ageno de haber ofendido á persona determinada en alguno de sus cuadros, vése no obstante acusado de tal y hecho objeto de la saña y la odiosidad del primero que se le antoja encontrar su *vera efigie* en el ideal que trazara la pluma del escritor.

Imbuidos todos en la idea de que toda crítica envuelve siempre un pensamiento malévolo, no conciben que se censure un vicio sin señalar á un *vicioso*; que se intente corregir un abuso sin burlarse de



álguien que en particular le cometa; ni que por último sea una idea generosa la que guie la pluma del crítico, sino mas bien un instinto de venganza ó de envidia hácia la supuesta víctima.

Ocúrrase á un escritor esgrimir su pluma contra los escandalosos desórdenes del baile. ¿Qué sucede?—Un ejército de bailadores y de bailadoras alzan la voz airados, contra el *ignorante*, el bárbaro, el ridículo ente que se atreve á murmurar del baile, quizás porque es tan salvaje que *no sabe dar un paso*. Y este es el momento oportuno de sacar á colación sus defectos, sus faltas y sus sobras. Y llámahle feo, pedante, envidioso, estúpido, incivil, y que se yó que otras cosas tan halagüeñas y favorables. Todo nada mas que por ir contra la corriente, en materias de danzas.

—¡Mire V., criticar el baile, como si una hiciera algo malo con esto! exclama muy entonada una jovencita que baila *divinamente* eso si, pero que apenas sabe leer ni escribir.

—Déjalos que critiquen, muchacha; dice por su parte otra que tal; por mas que digan, nosotras hemos de bailar hasta que *se nos caigan los piés*; con que asi, ganas tienen de criticar, que nadie les ha de hacer caso.

—Basta *media vez* que *háigamos* nacido en Cuba, añade una mas tonta que todas las otras juntas, para que nos guste la *sabrosura* de la danza criolla. ¿Y qué! ¿una no se ha de divertir?—¡Yo me muero por bailar! ¡Me gusta mas bailaaaar!!..... Para eso soy *siboneya* y soy una *hembra sabrosa*, como dice *Pepeito*.

—Pero, hijas, si ese que ha escrito en el *diario* contra el baile no sabe dar ni una vuelta, y el muy bruto no tiene vergüenza de confesarlo. ¿Has visto, china, qué animal? Yo no sé cómo se las compondrá si tiene novia que baile. Yo por mí lo digo: si un hombre que no sepa bailar tiene el atrevimiento de venir á enamorarme, lo mando muy enhoramala y le digo cuatro frescas, como soy *Chucha*. ¡Hombre! pues mire V. que se necesita arrojo! no saber bailar y querer tener novia!.....

Esto en cuanto al baile, que por lo que respecta á cualquier otro particular censurable, la situación se complica y son mayores los compromisos para el escritor, á quien sus mismos *amigos* lo acosan con exigencias del tenor siguiente.

—He leído tu artículo, le dice uno; está bueno, pero, chico, *no me conviene* que hables de las que enseñan el seno y las pantorrillas, porque mi novia se va á escamar, y yo salgo perdiendo..... No trates esa materia.

—¡Compadre, qué me pierdes! exclama otro, haciendo mil gestos desesperados; hablar de las mujeres casadas, llamando la atención á los maridos de esa manera! —Y allá que reciben el periódico en que tú escribes. Si vieras; Juliana tuvo que esconder ese día *el papel delator* para que no fuese á leer tu artículo su marido. ¡Chico, está tan claro! .... Lo que tú dices allí, es precisamente lo que nos pasa á los dos. A ella le hizo tanto efecto la pintura que tan á lo vivo haces, que cojió miedo y queria que rompiésemos las relaciones. ¡Buen trabajo me costó disuadirla!

—Vamos, la verdad ¿á quien *retrata* V. en su último artículo? pregunta con sonrisa maliciosa otro amigo que quiere pasar por perspicaz; ¿á Antoina, eh? ¿está

hablando! ¡Qué bien la pinta V!—En cuanto lo leí dije: ¡tate! esta es ella .....

Tiempo perdido seria tratar de desvanecer esta creencia á un hombre tan convencido. ¿Qué hace V., pues? dejarlo con tal idea. Y el hombre mientras tanto vá repitiendo por todas partes que V. ha retratado á Antoina, que la ha pintado á lo vivo; y sábelo Antoina, busca el artículo, lo lee ya con la prevención que le han infundido, y trátalo á V. de infame, de soez, de mal caballero. La mamá se entera del caso, se sulfura y lanza rayos y centellas contra el vil que ha insultado á su hija.—Calcúlese si despues de esto podrán verlo á V. con buenos ojos las que se creen tan maltratadas.

Dígame ahora si será fácil desempeñar un *oficio* que tiene en contra del que lo ejerce á todo el mundo.

¿De qué escribir, pues, qué vicios criticar, qué abusos corregir, si todos sus amigos de V. y todos en general han de verse aludidos y han de hallar puntos de contacto entre lo que V. imagina y lo real y verdadero?

Y si por un solo admirador sincero, por un solo amigo leal, cuenta el escritor infinitos émulos é innumurables malquerientes; ¿á qué entonces suponerle un prestigio vano que no compensa los disgustos y sinsabores que le acarrearán constantemente los necios que lo interpretan y los incorregibles que se ven atacados en sus abusos?

Convengamos por último en que es *oficio* pésimo el de escritor público, sobre todo en países como el nuestro, donde decir la verdad equivale á inferir un insulto sangriento.

GENARO ABEL.

## LA LITERATURA CUBANA.

Cerca de noventa años cuentan de existencia propia, independiente, los Estados Unidos de América. En ese corto espacio de tiempo han ascendido al rango de las primeras potencias del mundo; su pabellon ondea en todos los mares; sus productos agrícolas y fabriles se ostentan en todos los mercados y sus artefactos y manufacturas de todas clases puede decirse que abastecen á una gran parte de las naciones de ambos continentes.

Sus sábios han unido su nombre á algunos de los descubrimientos mas importantes que registran los anales de la ciencia moderna y que tan poderoso impulso han dado al progreso material de los pueblos.—Franklin, Fulton, Audubon, Kane, Morse, Maury, que últimamente, llevado de un miserable espíritu de partido, ha echado un borron sobre su clara reputación, y otros y otros han puesto muy alto el nombre americano en el templo de la ciencia.

Ha producido filósofos como Emerson; —oradores como Webster y Clay; —historiadores como Prescott, Bancroft, Irving; —poetas como Longfellow, Bryant, Halleck, Dana; —novelistas como Cooper, Beecher Stowe, cuya célebre novela se ha traducido á todos los idiomas, Haw-

thorne, Poe; —críticos como Ticknor, y sin embargo mas de una vez se ha discutido sobre si los Estados Unidos poseen ó nó una literatura propia, *americana*, y la gran mayoría de los historiadores y críticos literarios se han decidido por la negativa.

¿Y nosotros pretendemos tener una *literatura cubana*!

Sin embargo, como no seria una razon suficiente decir que no poseemos una literatura propia porque se le niega á los Estados Unidos que la posean, vamos á dar las razones en que nos apoyamos para decir que no existe tal *literatura cubana*.

La literatura es el reflejo de la sociedad.—Ahora bien: las producciones literarias que han visto y ven la luz en nuestro país ¿son el reflejo de sus costumbres? ¿Espresan los sentimientos que palpitan en el corazon de sus hijos? ¿Nos dicen algo acerca de sus aspiraciones, de sus deseos? Con la lectura de esas producciones ¿podrá formarse una idea de lo que es moralmente la isla de Cuba?—Nó: —diré aun mas. Nuestros escritores apenas han sabido dar una idea de la eterna belleza y esplendor de nuestros campos; para la mayor parte de ellos la naturaleza es un libro cerrado ó escrito en un idioma que no aciertan á descifrar, y salvo alguna que otra descripcion acertada, casi todas tanto pueden aplicarse á la isla de Cuba como á otro país cualquiera. Y ¿por qué?—Porque en vez de describir lo que tienen á la vista, lo que por todas partes les rodea, se contentan con recordar lo que han leído en otros escritores, y nos hablan, por ejemplo, de ruiseñores, cisnes, y alondras, cuando ni ruiseñores, cisnes, ni alondras existen en los campos de Cuba.

Y si bien es verdad que causas de todos sabidas, y que no son para dichas aquí, se oponen á que las letras sean en Cuba el reflejo de la sociedad y la manifestación de los sentimientos, deseos y aspiraciones de sus habitantes; si es cierto que hay mas de una cuestion de importancia vital que por sí sola constituye ese sello peculiar de nuestra sociedad y que sin embargo no puede abordarse de frente ni reflejarse en las producciones literarias del país,—ese impedimento no existe para la descripcion de la Naturaleza material, y sin embargo los escritores cubanos no se acuerdan para nada de ella y en sus producciones ni se reflejan los rayos ardientes de ese sol que nos alumbraba, ni el esplendor de ese cielo azul que nos cubre, ni el verdor eterno de los campos que nos sustentan, ni las armonías infinitas de los mares que nos circundan.

Nuestra literatura es una literatura de imitación: es un pálido reflejo de la literatura española en los mas; en algunos se ven las huellas visibles la francesa, mientras uno que otro ha bebido sus inspiraciones en las brumas de Albion en las nie-



# LOS PRINCIPIOS MUNICIPALES DE LA SERENATA.



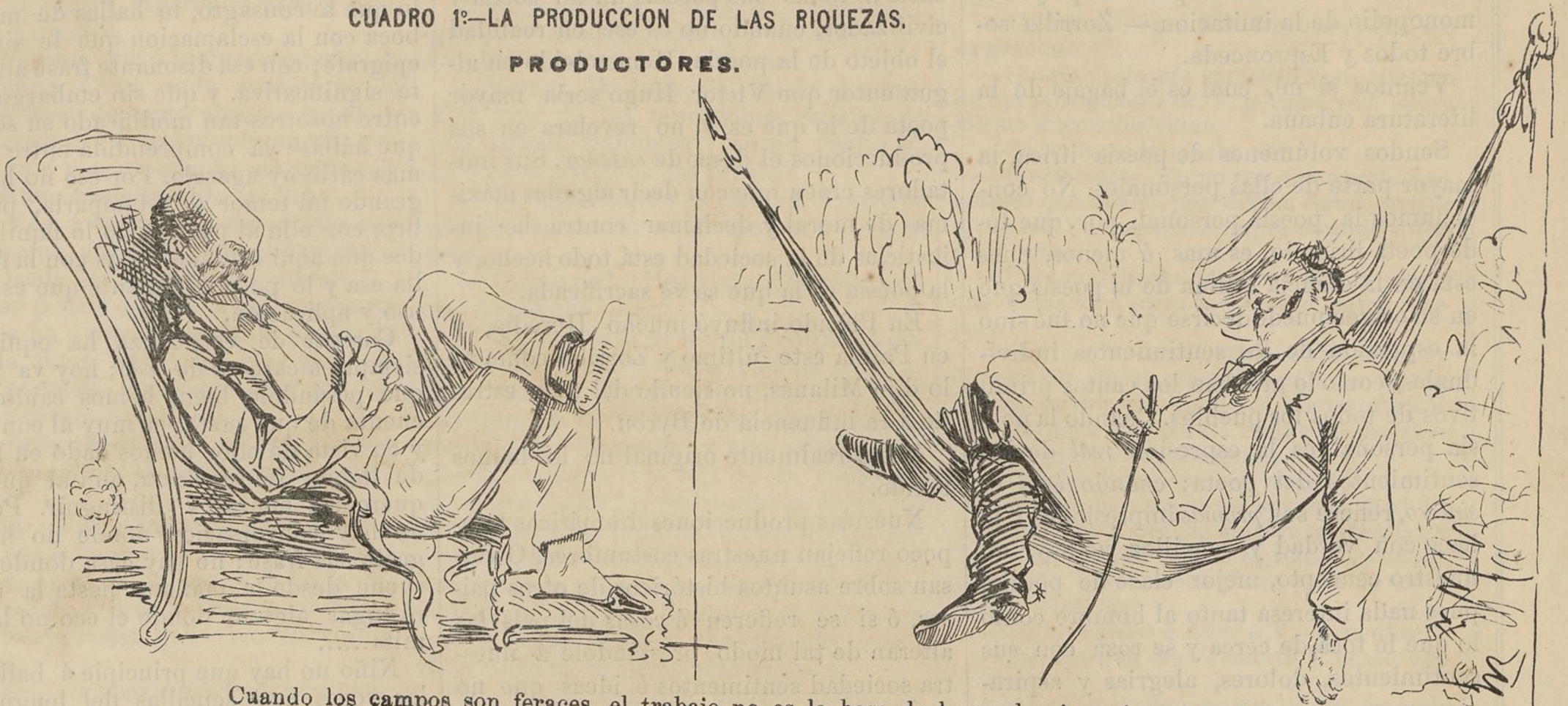
Cuando la ley de Ayuntamiento sea hecha á gusto de la Serenata, las sesiones podrán ser comentadas é ilustradas.



## LA ECONOMÍA POLÍTICA EN LOS TRÓPICOS.

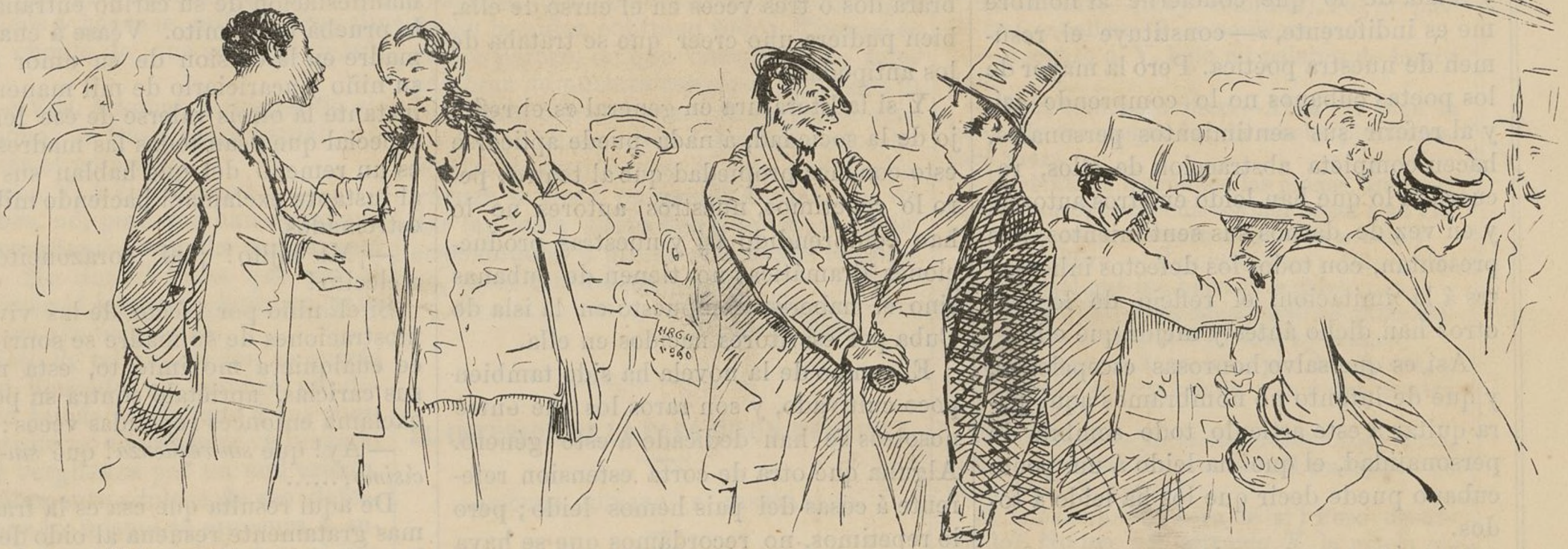
CUADRO 1º—LA PRODUCCION DE LAS RIQUEZAS.

PRODUCTORES.



Quando los campos son feraces, el trabajo no es la base de la produccion, sino el sueño.

CUADRO 2º—LA DISTRIBUCION DE LAS RIQUEZAS.



-Chico, préstame un escudo para ir á las Puertes.  
-Mira, mejor será que se lo pidas á Juanillo.

La espropiacion sutil.

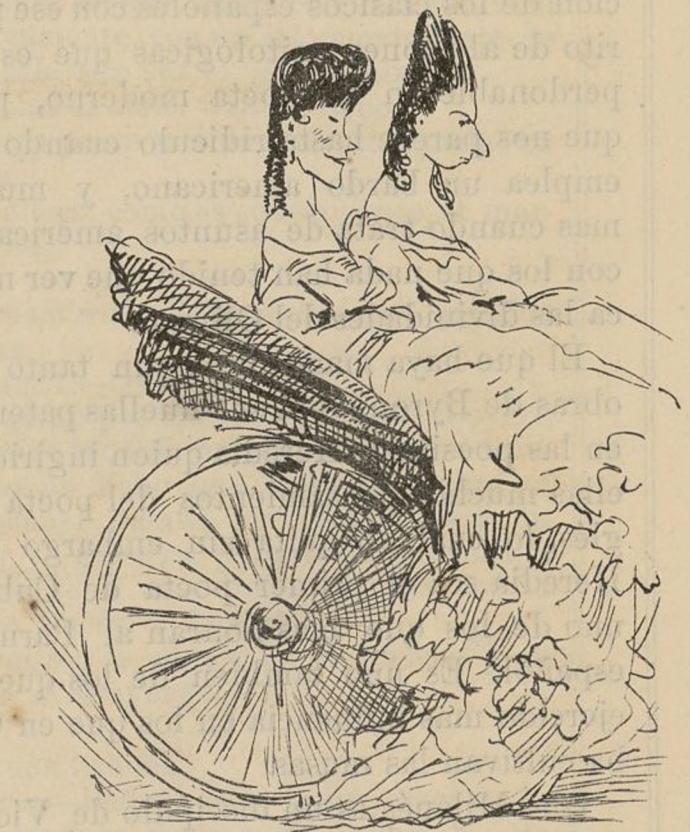
Agentes intermediarios.

CUADRO 3º—EL CONSUMO DE LAS RIQUEZAS.



El fin justifica los medios.

La reproduccion no conviene  
á la Sociedad.



Las niñas mas ¡liindas!! del  
Parque, secundando las miras  
económicas de su Papá.



blas de la Alemania.—Así es que Quintana, Zorrilla y Espronceda; Víctor Hugo, Lamartine y Musset; Byron, y tal vez Heine, tienen en estas apartadas playas el monopolio de la imitación.—Zorrilla sobre todos y Espronceda.

Veamos si nó, cual es el bagaje de la literatura cubana.

Sendos volúmenes de poesía lírica, la mayor parte de ellas personales. No condenamos la poesía personal, por que todo poeta lírico lo es mas ó menos, pues está en la esencia íntima de la poesía que en su origen puede decirse que no fué sino la expresión de los sentimientos individuales, como lo prueban los cantos primitivos de todos los pueblos. Cuando la poesía personal es la expresión *real* de los sentimientos del poeta; cuando éste es *sincero*, refiere sus *propias* impresiones y lo hace con verdad y sencillez, no hay, en nuestro concepto, mejor clase de poesía, pues nada interesa tanto al hombre como lo que le toca de cerca y se roza con sus sentimientos, dolores, alegrías y aspiraciones.

El dicho de Terencio:—«hombre soy, y nada de lo que concierne al hombre me es indiferente,»—constituye el resumen de nuestra poética. Pero la mayor de los poetas cubanos no lo comprende así, y al referir sus sentimientos personales, hacen completa abstracción de ellos, recuerdan lo que han leído en otros autores, y en vez de darnos sus sentimientos, nos presentan, con todos los defectos inherentes á la imitación, el reflejo de lo que otros han dicho ántes y mejor que ellos.

Así es que salvo honrosas escepciones, y que de intento no nombramos aquí para quitar á este artículo todo sombra de personalidad, el que ha leído á un poeta cubano puede decir que los ha leído á todos.

Ocupémonos sin embargo, aunque con toda la brevedad que requieren los límites de este escrito, de algunos de nuestros poetas que ya no existen.

En Zequeira se vé claramente la imitación de los clásicos españoles con ese prurito de alusiones mitológicas que es imperdonable en un poeta moderno, pero que nos parece hasta ridículo cuando las emplea un bardo americano, y mucho mas cuando trata de asuntos americanos con los que nada han tenido que ver nunca las divinidades del Olimpo.

El que haya manejado algun tanto las obras de Byron, verá sus huellas patentes en las poesías de Heredia quien ingirió en ellas muchos pensamientos del poeta inglés, lo cual no quita sin embargo que Heredia sea el primer poeta de Cuba y uno de los que mas honran al Parnaso español. Es uno tambien de los que ha ejercido mas influencia en los que en Cuba cultivan las musas.

Que Milanés es un discípulo de Víctor Hugo salta á la vista del que algo entien-

da en achaques literarios. Nosotros creemos que Milanés hubiera sido mas grande de lo que es, sin esa fatal tendencia de darle á todas sus poesías un fin social y civilizador, cuando no es ese en realidad el objeto de la poesía. Hemos leído en algun autor que Víctor Hugo seria mayor poeta de lo que es, si no revelara en sus producciones el deseo de enseñar. Sus imitadores creen que con decir algunas máximas de moral y declamar contra las injusticias de la sociedad está todo hecho, y la poesía es la que se vé sacrificada.

En Plácido influyó mucho Heredia, y en Palma este último y Zorrilla como se lo dijo Milanés, no siendo del todo extraño á la influencia de Byron.

Poeta realmente original no lo hemos tenido.

Nuestras producciones dramáticas tampoco reflejan nuestras costumbres. O versan sobre asuntos históricos de otros países, ó si se refieren á cosas del país las alteran de tal modo prestándole á nuestra sociedad sentimientos é ideas que no tiene, que si no constara en la obra el lugar donde pasa la acción y no se nombrara dos ó tres veces en el curso de ella, bien pudiera uno creer que se trataba de los antipodas.

Y si la literatura en general es el reflejo de la sociedad, á nada puede aplicarse esto con mas propiedad que al teatro; pero lo repetimos, nuestros autores no lo han comprendido así y nuestras producciones dramáticas no tienen de cubanas sino el haberse compuesto en la isla de Cuba por escritores nacidos en ella.

El campo de la novela ha sido tambien poco cultivado, y son raros los que entre nosotros se han dedicado á este género. Alguna que otra de corta estension referente á cosas del país hemos leído; pero lo repetimos, no recordamos que se haya dedicado alguien esclusivamente á la novela. Verdad es que los prosistas escasean.

En los artículos de costumbres somos mas afortunados y contamos dos ó tres escritores de verdadero mérito; en cambio la crítica verdadera ha tenido pocos adeptos, y estos muy poco felices, y la historia apenas cuenta uno que otro que la haya saludado de lejos y con la mayor cortesia, pero sin acercarse mucho á su templo por temor de empolvarse al tener que revolver papeluchos en que constan los hechos del tiempo que pasó.

Otro dia que estemos de humor continuaremos tratando del asunto, que bien lo merece. Pero despues de esta rápida é imparcial reseña, ¿habrá quien dude que nuestra literatura es una literatura de imitación y que por lo tanto no existe tal *literatura cubana*?

ARIEL.

## ¡QUÉ SIN VERGÜENZA!

Una y mil veces perdon, lector de mi alma, si al echarte hoy á la cara el artículo que te consagro, te hallas de manos á boca con la exclamación que le sirve de epígrafe; con esa disonante frase altamente significativa, y que sin embargo tiene entre nosotros tan modificado su sentido, que hállese ya comprendida entre las de mas cariño y agasajo. Por eso no ha sido grande mi temor al estamparla, para salirte con ella al paso, visto lo familiarizados que aquí estamos todos con la frasecilla esa y lo poco alarmante que es ya su uso y aplicación.

Carecer de vergüenza ha equivalido siempre á carecer de *todo*; hoy ya parece que pesándolo bien, hemos caído en la cuenta de que suele ser muy al contrario, y en vista de ello, hemos dado en la flor de llamar *sin-vergüenza*, aun al que mas queremos honrar y distinguir. Por eso no hay conversacion donde no haga el gasto esa frase; no hay casa donde no resuene desde la mañana hasta la noche, ni lugar alguno donde el eco no la transmita.....

Niño no hay que principie á balbucear las voces mas sencillas del lenguaje, á quien su madre deje de enseñársela á pronunciar, puesto que á la vez le sirve de manifestación de su cariño entrañable. A la prueba me remito. Véase á cualquiera madre en la efusión de su amor besar á su niño y acariciarlo de mil maneras. Al instante la oireis valerse de ese lenguaje especial que usan todas las madres, y que es un remedo del que hablan sus hijos; al instante exclamará haciendo mil gestos estremados.

—¡Mi hijito! ¡mi corazoncito! ¡mi cielecito!

Si el niño por efecto de las vivas demostraciones de su madre se sonríe ó hace cualquiera movimiento, esta redobla sus caricias, apriétalo contra su pecho y exclama entonces repetidas veces:

—Ay! qué *sin-vergüenza*! qué *sin-vergüencísimo*!.....

De aquí resulta que esa es la frase que mas gratamente resuena al oído del niño, la que para él expresa el complemento del cariño, la mayor suma del halago; y por lo tanto, tan luego como alcanza á pronunciarla, aplícasela á su madre, á la misma que se la ha enseñado. La madre rie regocijada, y va á contar á toda la casa la nueva gracia del niño, que sabe ya llamarla, á ella, *sin-vergüenza*.

Así empezamos á educar mal á nuestros hijos; así los acostumbramos á no dar su verdadero valor á las palabras. ¿Pero qué mucho, si lo corriente es que un niño no sea gracioso y *maldito*, como dicen, si no aprende á pronunciar mil desvergüenzas y á hacer mil picardías? Así es que el niño aplica á la madre el calificativo que se dá á la mujer prostituta, sin que ella se escandalice ni piense otra cosa, sino que aquello es la ocurrencia de un inocente que no sabe lo que dice. Andando el tiempo tendrá la prueba de lo grave y trascendental de tolerar esas ocurrencias á un inocente. Pero obsérvese como en medio de todo hay cierta lógica en consentir al niño ese lenguaje: convenido por parte de su madre en que es un *sinvergüencita* la consecuencia es que sea un deslenguado.

Mas tarde ese mismo niño ya hombre, al encontrarse con un amigo, lo interpe- lará poco mas ó menos de este modo:



—Dí, sin-vergüenza, ¿porqué no fuiste anoche á tal parte?

—Ah! sin-vergüenza, contesta el otro, con que te estuve esperando para ir juntos y no pareciste.

—Sí, figúrate que á la sin-vergüenza de mi hermana Charo se le antojó que la llevara á casa de unas amigas suyas, y allí me encontré á un sin-vergüenza que me hizo reír con un cuento magnífico, y me entretuvo hasta mas de las ocho.

Sigan Vds. á ese par de sin-vergüenzas (permítaseme aplicarles el calificativo á mi vez) hasta las casas de sus novias.

Algo se podría apostar á que por parte de ambos ha de verse usada de nuevo la consabida frase, hablando con sus respectivas amantes, y esto en distintos tonos y por diversos motivos.

—No dirás, *sin-vergüenzona*, que no soy puntual: media hora me he anticipado á la cita.

—Anda *sin-vergüencísimo*, que para eso te fuiste antes de anoche á las ocho y media, con el pretexto de que te dolía la cabeza, y cuando menos te irías á enamorar á esa sin-vergüenza que vive en frente de tu casa.

—Vamos, no seas sin-vergüenza, que tú sabes que á tí nada mas quiero.....

Y entre sin-vergüenza por aquí y sin-vergüenza por allá, dícense tales novios mil chicoleos y hácense mil caricias, sin caer en la cuenta de que se están insultando.

Diríjanse Vds. á tomar informes de alguna persona: la frase sacramental saldrá á relucir al momento.

—¿Conoce V. á D. Fulano?

—Hombre, nó, pero me han dicho que es un sin-vergüenza; aquella cara lo está revelando. No tiene V. mas que ver el modo de llevar el bigote un hombre, para conocer si es sin-vergüenza.

Y el objeto de tal suposicion es quizás un hombre honrado, un hombre pundoñoso que jamás ha faltado á sus compromisos y que no obstante se vé juzgado de falta de vergüenza por un mal criado, que probablemente adolece de ese defecto y que por lo mismo se apresura á suponerlo en los otros, anticipándose al juicio que de él pudieran formar.

Esta observacion es infalible aun aparte del vicio que censuro. Los cobardes, por ejemplo, sin duda porque es la tacha que conocen en toda su estension y la que tienen mas á mano, se la cuelgan á lo mejor al primero que les ocurre; los ébrios de profesion, por la propia causa que los anteriores, están siempre dispuestos á llamar borracho al menos merecedor de este dictado; los tramposos desconfían de todo el mundo; los que mienten no creen que nadie diga palabra de verdad, y por este estilo supone cada cual en los otros el defecto que en él sobresale. En consecuencia debe creerse que lo mismo ha de acontecer al que careciendo real y efectivamente de vergüenza, no tiene embarazo en atribuir dicha falta á quien en manera alguna le corresponde.

Pero no se trata de esto, y sí de probar aun, todo lo difundida que se halla entre nosotros la mala costumbre de lanzarse al rostro esa chocante espresion.

Un carruaje detenido á las puertas de un establecimiento de modas, muestra en su interior á dos jóvenes bellas que emplean su tiempo en examinar novedades últimamente llegadas de Paris. Uno de los dependientes con medio cuerpo intro-

ducido en el carruaje, estiende sobre las rodillas de las muchachas las *preciosidades* que acaba de recibir el almacen.

Ambas jóvenes son parroquianas antiguas del establecimiento y tratan al dependiente con suma confianza.

—Vamos, D. Juan, déjese de chanzas, dice una de las muchachas, registrando una caja de pañuelos; ¿se ha vuelto V. loco para pedirnos ese precio?

—No, señorita, no es chanza; á nosotros nos cuesta tanto; se les ponen á Vds. á cuanto.

—¡Cristiano! ¿Has visto, *Chumbita*, qué sin-vergüenza?.....

El dependiente se sonríe y continúa repartiéndose mano á mano con las muchachas; mas afortunado por lo pronto que Ernesto, un joven elegante que está enamorado de *Chumbita*, y que ni siquiera puede acercarse á la reja de la casa por oponerse á ello los padres de la joven. Y el dependiente próximo á esta, recibe sus sonrisas mas hechiceras, roza su mano con la de la niña al entregarle algun objeto de la tienda, y tiene aun la suerte de que la bella, dándole una prueba cierta de confianza, lo llame *sin-vergüenza*.

Se vé por esto, que donde quiera se oyen resonar esas palabras, de suyo tan ofensivas y sin embargo tan usadas entre nosotros, debido solo al mal hábito que desde la niñez contraen todos. Tiempo es ya me parece, de que desaparezcan tales palabras de nuestra conversacion, para lo cual seria bueno que no manchasen mas los labios inocentes de los niños, ni los delicados de las jóvenes. Y pues que de vergüenza se trata, tengamos alguna mas de dar tan mala educacion á nuestros hijos, enseñándoles á pronunciar desde temprano, voces tan descompuestas.

GENARO ABEL.

## EL INTERIOR DE LA CASA DE UN DENTISTA.

### ARTÍCULO ROBADO Y DISFRAZADO.

Ya que hemos dado en la manía de suponerlos, de cuando en cuando, dotados de la facultad de doble vista, no será malo aprovechar, tambien, hoy la oportunidad que se nos presenta y ponernos de nuevo en observacion. Hé aquí á grandes rasgos el cuadro que veremos.

*El dentista*.—(A su criado.) Cuántas personas esperan en la sala?

*El criado*.—Siete, señor.

—Bahl son pocas.

(Siéntase en una cómoda butaca y continúa muy gravemente la lectura del circunspecto *Diario* que hubo de interrumpir, para hacer su pregunta.)

—Pero, Sr., esta gente se impacienta!

—Vete enhoramala, imbécil! no comprendes que el mero hecho de hacer antesala muchas personas á un tiempo, produce un efecto excelente? Luego que haya una docena de clientes, puedes venir á avisarme.

(El criado sale. Media hora despues vuelve á entrar.)

—Señor, esas personas se impacientan cada vez mas. Acaba de marcharse, furiosa, una señora diciendo á gritos que ya estaba mas que fastidiada de esperar; que sufría como una mártir y que iba á casa de otro dentista. Ya vé V. como se está perjudicando á sí mismo.

—Al contrario, hombre! Esas cosas me dan un prestigio admirable. Ahora, puedes ya decir que entre el que primero llegó.

*Un caballero*.—(Dando gemidos.) Oh! señor, cuanto sufrí!

*El dentista*.—Tanto mejor! Me alegro mucho.

—Cómo? se alegra V.? Por cierto que eso es gracioso y.....

—Quería decir que me felicito en extremo de los sufrimientos de V. porque voy ahora mismo á hacerlos cesar.

—Sacándome la muela, eh?

—Ciertamente. Yo no soy como esos charlatanes que tienen por divisa, *curad, pero no arrancad*. Yo empiezo siempre sacando y despues curo.

—Pues no faltaria mas sino que la muela que V. me vá á sacar me hiciese sufrir despues!

—Sientese V. aquí (señalando un sillón) y dígame con franqueza qué muela es la que le hace sufrir? Ah! Ya la veo. Ahora, abra V. bien la boca y quédese inmóvil como si se tratase de hacer su fotografia.

—Será la operacion muy larga?

—Nó: es cuestion de un instante. Ah! he aqui una muela que ha sido ya orificada; y al revés de lo que indica el sentido comun, por cierto. Quien es el bárbaro que hizo semejante orificacion!

—No me atrevo á decir á V. su nombre.

—Qué importa eso! Temería V. acaso que lo contase!

—Pues bien; toda vez que V. se empeña en saberlo, el que la orificó fué..... Vd. mismo.

*El dentista*.—(Muy colorado) Yó! no puede ser, caballero. V. se equivoca y.....

—Aseguro á V. bajo mi palabra de honor que.....

—Está bien, está bien.—Abra V. bien la boca. En tres segundos, la muela picada estará fuera.

(El dentista introduce las pinzas. Durante diez minutos consecutivos martiriza á su víctima, sin poder empero extraer la muela.)

*El caballero*.—(Retorciéndose) Dios mio! por piedad! qué me hace V. sufrir!

—No soy yo, es la muela que no quiere salir. (Llama á su criado) Juan, ayúdame.

(Juan agarra á su amo por la cintura, y bien pronto amo y criado van á dar contra la pared.)

*El dentista*.—(Levantándose) Aquí está, Señor, aquí está á costa de mil trabajos. Ya no sufrirá, V. verdad?

*El Caballero*.—(Fuera de sí) Pero desdichado! No me ha estraído V. la muela picada, sino otra muy buena.

*El dentista*.—(Muy tranquilo) Toma! es verdad! mas la culpa es de V. sin duda. Ya se vé! como se retorcia V. tanto, las pinzas han cambiado de lugar. Pero no hay nada perdido, porque eso ha dejado franca la muela que podré estraer ahora con toda facilidad.

Efectivamente, con un solo movimiento de muñeca sale esta vez el mal de raíz.

—Gracias al cielo. Quanto debo?

—Cuatro pesos y si devuelvo la muela un peso mas.

El caballero, como es consiguiente, se marcha furioso.

*Una criandera*.—Buenos dias, Sr. sacador de muelas.

*El dentista*.—Qué se ofrece?

—Vengo no por mí, sino por esta criatura que no tiene todavia un año. Es el caso que el amo me ha dicho que el día que salga al niño el primer diente, me vá á regalar un doblon, y yo quisiera, porque estoy apurada que le pusiese V. un diente postizo por lo que valga. Puede V. hacerlo?

(El dentista se desata en invectivas y la criandera se ahuyenta.)

Llega una Señora.

*La dama*.—Señor, estoy muy disgustada con la dentadura que me ha hecho V.; no puedo hacer movimiento alguno y vengo á devolverla.



—Está bien, Sra. y como V. la llevó condicionalmente.....

—Sin embargo, creí que pondría V. alguna dificultad en recibirla.

—Nada de eso; yo deseo siempre tener contentos á mis clientes. (A su criado) Juan! dame la dentadura que devolvió ayer aquel caballero calvo. (A la Sra.) Estoy seguro de que esta sentará á V. tan perfectamente como un guante.

*La Sra.*—(Estupefacta) Cómo? ¿Á V. á darme una dentadura que ha sido ya puesta por otra persona?

—Esta es la costumbre, Sra.; pero tranquilícese V.: voy ántes á limpiarla.

(La dama desprovista apela á la lijereza de sus piernas y se salva huyendo).

*Una viuda.*—(Llegando). Buenos días querido mío. Estoy contentísima con la dentadura que me dió V. ayer, y solo vengo á que la limpie V. con esmero. Tengo intenciones de volver á casarme con un jóven muy simpático y quisiera coquetear un poco.

*El dentista.*—Ah Sra.! el que encienda con V. la antorcha del himeneo será un afortunado mortal, sin duda alguna. (Aparte) Adulémosla aunque sea muy fea, que al fin y al cabo es una buena cliente.

(La viuda se marcha felicitando al dentista por su habilidad pasmosa.)

Tres minutos despues entra un jóven. El sello de la candidez brilla en su frente.

*El jóven.*—(Aparte) Si, era ella la que salía de aquí; pero como preguntar con disímulo á este artista? Si me hiciese extraer un diente! No, nada de eso; prefiero otro medio. Ah! me ocurre una idea.

*El dentista.*—Qué desea V. caballero?

—Quisiera una caja de los polvos maravillosos para limpiar la dentadura (Aparte) Todos los dentistas inventan polvos maravillosos.

—Aquí la tiene V.

—Aprovecharé esta ocasion para pedir á V. un señalado favor.

Tendrá V. la bondad de decirme, con franqueza, si la Sra. que acaba de salir de aquí tiene dientes postizos? Como debo casarme con ella, no me gustaría en verdad tener una muger que todas las noches, ántes de acostarse, pusiese su dentadura sobre el tocador. Nadie mejor que V. puede informarme acerca de esto.

*El dentista.*—(Aparte) Denunciar una cliente? Jamás! (Alto) Caballero, esa Sra. no tiene ni un solo diente que sea postizo. Palabra de honor!

—Gracias, Señor, gracias. Ah! querida Cuchubita.....Cuanto vale la caja?

—Cuatro duros (Aparte.) Toma castañas! Así aprenderás á no tratar á un dentistaco-mo si fuese un portero.

BELMONTE.

## ESTRENO DE ARJONA EN TACON.

No era posible, despues de lo que hemos presenciado la noche del juéves en Tacon, que dejásemos de decir siquiera sean dos palabras, cumpliendo con nuestro deber de periodistas de aplaudir y celebrar lo bueno, lo excelente, donde quiera que se manifieste y resalte.

El eminente actor D. JOAQUIN ARJONA, se ha estrenado en Tacon, la mencionada noche, y su triunfo ha sido completo. El ilustrado público de la Habana que ocupaba en masa el teatro, ha batido las palmas arrebatado de entusiasmo y ha llamado á la escena repetidas veces al gran actor, aplaudiéndolo frenéticamente.

Nosotros unimos nuestros aplausos á los de todo el público y damos la mas cumplida

enhorabuena á ese público porque al fin *tiene teatro*, porque al fin tiene, como ha dicho un escritor contemporáneo, «esa que si no es mas que una diversion, es una diversion indispensable que dirige la opinion pública de las masas que la frecuentan.»

Por nuestra parte nos apresuramos á manifestar que la mayoría del público ha visto por primera vez lo que se llama un actor, y lo que se llama trabajar á la perfeccion. Nada nos habia venido hasta ahora comparable al Sr. ARJONA; no es extraño, pues, que haya causado tan extraordinario entusiasmo en nuestro público, que muestra con ello no tener ese desapego que le han atribuido al teatro dramático, sino mas bien un gusto exigente y un natural deseo de no proteger sino lo que satisfaga sus aspiraciones hácia lo bueno.

¿Cuándo en una representacion dramática se ha visto nuestro gran teatro favorecido por una concurrencia tan selecta como el juéves en la noche?—La fama de que venia precedido el actor que se estrenaba, llevó al coliseo á ese público numeroso; el éxito que ha correspondido á tal fama, llevará cada noche al teatro á ese mismo público, cuyo interés y cuyo entusiasmo por el renombrado actor, irá creciendo á medida que vaya admirándolo.

Esto era lo que necesitábamos en la Habana: una eminencia del arte y no otra cosa; un actor consumado, una celebridad para corresponder á lo que un público ilustrado tiene derecho á exigir. El gran Larra, defendiendo los fueros del arte dramático y lamentando la carencia de buenos actores en su época, dice en uno de sus brillantes artículos sobre teatros: «Hasta ahora se ha creído que bastaba con tener memoria ó apuntador para ser cómico, y aun cómicos hemos conocido que por no saber leer se hacian leer por otros sus papeles para aprenderlos. ¿Díganlos si gentes de esta especie son las que pueden verter en la escena las bellezas que no saben ni leer, ni apreciar, y tomar, nuevos Proteos, la forma de todos los caracteres y génius posibles, y enseñar los buenos modales y las buenas costumbres? Nadie necesita hacer estudios mas prolijos de la historia del hombre y del corazon humano si ha de ponerse la máscara de todas las pasiones, la apariencia de todas las épocas: nadie necesita tener mejor educacion que un actor si ha de ser en las tablas modelo de ella.»

La anterior cita parécenos oportuna y por demás adecuada á lo que ha sido nuestra situacion hasta ahora respecto á buenos actores. Mas ya que *el primero* ha aparecido, cautivándonos de tal suerte, regocijémonos por tanta fortuna y reiteremos una vez y otra nuestro contentamiento al poder consignar que se halla entre nosotros una notabilidad dramática tal, como el Sr. D. JOAQUIN ARJONA.

Quisiéramos tener el suficiente espacio para hacer una detallada relacion de cuanto nos ha interesado este actor durante la representacion del drama *La Aldea de San Lorenzo*, que dicho sea de paso, lleno de inverosimilitudes como está y de defectos varios, solo interpretado el protagonista por ARJONA, pudiera causar tan vivo efecto. Nos concretaremos, pues, solo á espresar que en todas

las escenas en que apareció mudo el *Cabo Simon*, agitó extraordinariamente las fibras de todos los corazones, haciéndolos sufrir tanto con la ficcion como hubiera podido ser con la realidad. El público conmovido, fascinado y dejándose arrastrar de la ilusion, seguía inmóvil aquellas desgarradoras escenas en que tan á lo vivo veía representado el personaje del mudo; ¡Qué desesperacion aquella tan bien retratada, qué llanto aquel en que tan naturalmente prorumpe *Simon* al convencerse de que ha perdido el uso de la palabra! y aquellos gestos y aquellas miradas y aquellos pasos dados por la escena de una manera tan en consonancia con la realidad! Oh! solo un actor de génio, solo el que ha sorprendido sus grandes secretos al arte, sabe copiar tan perfectamente esos detalles muy leves y sin embargo de tal efecto! ¡Pero qué modo de caer aquel, cuando al recobrar la palabra clama socorro para su hijo que se va á matar, y que faltándole las fuerzas se arrastra hasta llegar á este y le arranca la pistola!.....En vano sería querer dar ni una leve idea, pues solo por el propio exámen de tal escena, solo viéndola, es posible apreciarla.

En conclusion, diremos que el resto de la compañía es bastante bueno, y que tanto la SRA. ZAFRANÉ como los demás actores que trabajaron en esa noche tuvieron momentos muy felices.

Por fin de fiesta se representó la pieza cómica *Me conviene esta muger* en que el excelente actor gracioso Sr. MIGUEL, mantuvo en hilaridad al público todo que se daba el parabien de volver á poseerle despues de una larga ausencia y que se promete pasar deliciosos ratos cada vez que aparezca en la escena de Tacon. La actriz SRA. FERNANDEZ, que tomó parte en esa pieza, nos pareció muy buenacómica, así como el Sr. BENETTI que caracterizó muy bien el personaje á su cargo.

Repetimos que estamos de enhorabuena puesto que tenemos ya teatro dramático.

GENARO ABEL.

La caricatura de nuestro amigo y colaborador Cisneros que figura en este número, ha sido dibujada por su aventajado discípulo D. José M<sup>a</sup> Mora.

En la galería fotográfica del Sr. Mestre; calle de O-Reilly núm. 63, hemos visto una nueva clase de retratos, *para dar dias*, en tarjetas de porcelana, que recomendamos al público por el esmero y elegancia con que están ejecutados. En la misma galería hay, tambien, otra clase de retratos, llamados *Camafiotipos*, que representan á la persona retratada en diferentes actitudes.

## PUNTOS DE SUSCRICION.

Librerías de CHARLAIN y ABRAIDO, Obispo 34 y 63.—Papelería la CRUZ VERDE, Mercaderes 29.—Librería de SANS, calle de la Muralla.—Cigarrería la CHARANGA de Villergas, O-Reilly 9½.—Imprenta de la Viuda de BARCINA, Reina 6.—Papelería la PRINCIPAL, Plaza del Vapor 36.—Café el LOUVRE, Calle de San Rafael.—Imprenta la ANTILLA, Cuba 51 y en la Imprenta y librería EL IRIS, Obispo 22.

Imprenta y Librería EL IRIS, Obispo 22.